

DIECIOCHO SEGUNDOS

Por: Eva Monzón Jerez

—¡Pre...parados!

Todo se ha precipitado derrumbándose. Yo no debería estar aquí, ni Miguel ni este otro que huele tanto a sudor, ni el del pelo rojo que apenas si es un crío. Nadie. Cómo ha podido sucedernos esto. Qué hago que no estoy en casa, con Laura, con el niño que no nos deja dormir, al que exijo un silencio imposible; hay que ser necio y estar ciego para gritarle a la felicidad, para no verla. Y ella qué hará, cómo se las va a arreglar, ahora que de verdad queda sola, sin visitas furtivas ni dinero, sin las cartas repletas de palabras apresuradas que dejaba cuando podía donde convinimos mientras me miraba rota tras haber perdido la batalla: reconoció en mis ojos esa obstinación sorda que me impide oír nada que esté más allá de mi propia determinación, sin resquicios por donde recuperarme de nuevo, todo su cuerpo se rindió, cayó desmadejado en la silla, apagó su voz y aceptó la derrota. Partí esa misma noche, dejándola al cuidado de ese hijo aún tan tierno que lucha por su derecho a la vida, absorbiendo la de ella, ajeno a la realidad que pasa rozándole la cuna y de la que no me debería haber alejado. Quién me mandaría meterme donde nadie me llamaba. Ayer, hace una eternidad, no veía otra posibilidad; había que hacer algo más que observar en silencio las oportunidades de sobrevivir. Ella se enfadaba tanto, eran imposibles las palabras, pensaba que sólo veía lo que tenía ante ella, un reducido mundo doméstico, un conformismo mezquino, un egoísmo estrecho. Todo eran gritos al final. No la entendí, no supe ver más que cobardía en esa

actitud suya que ahora le reconozco tan extrañamente valiente, su lucha es igual de enérgica que la mía, quizás más efectiva por lo prudente, por intuir que más allá de uno mismo, no hay nada.

Me fui a defender lo que ella ahora guarda. El monte, los compañeros, las emboscadas. Qué bien me sentía creyendo arreglar el mundo, no me arrepentí nunca. Y si me soy sincero, no lo hago ahora; sólo lamento que no pudiera cambiarlo, ni siquiera moverlo.

Hace frío. Tengo las manos entumecidas. Me equivoqué; no ver es todavía peor: ya es tarde. La pared está húmeda, esta noche ha helado, normal que el calor del sol acumulado durante el día no haya podido esperarme; él que sabía. Tengo hambre y casi me da vergüenza confesármelo, no es lo más oportuno, si profundizase en el tema no sé si me daría por reír o llorar. Da igual, lo voy a dejar, ría o lllore no he de comer. Si pudiera ver el cielo. Cómo me arrepiento de haber dicho que sí, ahora podría fijarme en las nubes, aunque quizás hoy no haya, a lo mejor tengo ante mí un firmamento liso; lo que me desesperaría no ver ni una, no poder buscar en ellas las figuras que esbozan, que sugieren. Cuántas horas pasé de crió tumbado sobre la espalda, oliendo a tierra, jugando con las briznas de hierba al alcance de la mano mientras ante mi se paseaban todas las cosas que deseaba de niño y no tuve: un barco, bicicletas, ese mecano..., o aquellos que acaparaban mi interés en esos momentos compartiendo mis días: un dragón al que vencer; un pirata sanguinario; mi madre, tan inestable, a veces adorada otras odiada; la vecina eternamente desaliñada y ronca del tercero de la que huía por miedo.... Puede que me desesperase más tener ante mí un cielo vacío de imágenes, de ilusiones, de futuro; ahora sé que no hay camino alguno

que conduzca hasta él: Sólo existe lo que se puede tocar, oler, ver. No tuve lo que quise de chico, me aferré a lo que conseguiría para seguir adelante sin odios ni envidias al comprobar que otros sí lo tenían: aprendí a ser yo el que iba en esa bicicleta que montaba otro, a mancharme la boca con los bombones que los demás compraban en esa tienda elegante de la esquina y de la que cada vez que se abría su puerta se podía, mientras duraba el tintineo suave y alegre de las campanillas doradas, oler un aroma de azúcar, nata, y bollos recién horneados que casi dolía, y ese fue el olor al que asocié el futuro toda mi infancia; su apariencia la vinieron a poner las piezas de los mecanos tan brillantes y precisas que pueden ensamblar todo aquello que tu habilidad y paciencia den de sí; yo me forzaba a igualarlo con piedrecitas cuidadosamente escogidas, maderas y cortezas, palos y barro a los que toscamente montaba para que saliesen de mis manos el coche o el avión vistos en el escaparate de mi presente deforme que olía a sopa.

Tenía que haber dicho que no: al menos ahora vería. Siempre eligiendo mal el camino que me condujese a ese aroma de pan recién hecho.

Qué oscuridad, qué frío hace. Cuándo acabará todo.

Dios te guardemaría llena eres de gracia el Señor contigo..., Dios mío, no puedo engañarme, no me estoy enterando de lo que digo, son meras palabras vacías, huecas, sin eco, no me reconfortan ni vibran. Por favor, no me abandones ahora.

Sí, ya lo sé pero, Señor, yo no me lo busqué; el mundo se ha vuelto loco, Señor, tuve que hacerlo... bendita tú eres entre todas las mujeres..., lo siento, nunca fui uno de los mejores, mis obligaciones las hacía por cumplir; la ilusión, el

ímpetu de los comienzos se me fue arrinconando en las costumbres, bajo la rutina. Me acostumbré al dolor que llamaba a mi puerta, lo consolaba con palabras dichas tantas veces que se desgastaron, olvidando su significado. Y ahora no las encuentro, no vienen a mis labios como salvación sino como derrota: la mía, me perdí por el camino que me había trazado, no he sido quién soñé ser, no he ayudado ni he hecho grandes cosas. Señor, qué ha quedado de mí, dónde estoy, por qué he de terminar así, sudando, al lado de los que no supe querer, a manos de quienes, con una docilidad suicida, no me enfrenté. No me abandones como yo hice, por favor.

Y bendito el fruto de tu vientre Jesús.

—¡A...púnten!

Noto el cuerpo entumecido, no sé si podré aguantar. Las piernas me tiemblan. Espero que ninguno de nosotros se venga abajo, no lo soportaría. Si alguien llorase o gritase, sería terrible, no podría responder de mí. Debería estar pensando en otra cosa, en intentar poner mis asuntos en orden, quizás en recordar a los que dejo atrás. No puedo, mi mente está colapsada, sólo siento el dolor de las manos, el aflojamiento de mis músculos, me molesta la venda; hace que me pique la nariz y no puedo rascármela, eso me irrita y toda la atención se me escapa en esa dirección. Cómo es posible que sea ese picor, este frío, el dolor lo único que tenga en mente, lo que me vaya a llevar conmigo al infinito; dónde está el rostro, la voz, los recuerdos de mi madre, de Ana, de mis amigos, por qué soy incapaz de pensar en algo que no sea esta desazón a la que no

puedo calmar: la inmediatez del fin no puede ser tan trivial, tan necio, tan vulgar; dónde están los pensamientos elevados, la comprensión última de la existencia, el miedo ancestral ante lo desconocido. No es serio que mis temores sean no caer, no llorar, aliviarme este picor insoportable. Lo intento pero no recuerdo los rasgos de ninguno de los que quise, no alcanzo a estructurar ideas nobles: mis piernas no me van a soportar, voy a caer. Por favor, que nadie diga nada, que sigan enteros. Ellos a lo mejor sí piensan, sí recuerdan. Estuvimos juntos poco tiempo, sólo la noche, nos trajeron por separado, yo fui el primero, apenas nos dijimos nada, cada uno tenía mucho que decirse en silencio. Nos dejaron fumar. No faltó tabaco. Nadie durmió, quizás unas cabezadillas. Yo desde luego, no pude pegar ojo, me tumbé en ese camastro tan incómodo del que no me hubiera levantado nunca. Vinieron a por nosotros cuando aún estaba oscuro afuera, al alba sólo se la intuía. En la confusión de la salida es cuando más hablamos, era como si con el sonido de nuestras voces exortizáramos el miedo, alejando dudas, esquivando respuestas. Me compadecí del chico, tan joven, los otros también, era evidente. Me costó entender que compartíamos destino, al menos pensar en él me distrajo un rato.

Cómo me pica la nariz, no puede ser eso lo que me lleve conmigo. He de hacer un esfuerzo y pensar, pensar. Pensar.

No quiero. No puedo hacerlo, cómo es posible exigirle a nadie lo que me piden a mí, a los demás. Qué ha sucedido para que esté yo ahora en esta situación. Juan me dijo que las dudas sólo aparecen la primera vez: “Tú tranquilo, respira hondo, y adelante, pero ante todo, no los mires”, me dijo que apuntase al frente sin mas, que nadie puede saber, yo no puedo saber, quién lo hizo tras todo

ese humo y ruido y gritos, ensordecido por los propios latidos retumbando en las sienes, atento a los pensamientos de uno mismo: Nadie lo puede saber; “y si tienes la certeza, guárdatela para ti, pero ante todo no mires, ni antes ni después.”

No puedo dominarme, estoy temblando.

Si no hubiese dudado en ese último momento cuando les oí llamarme como cada noche para que saliese furtivamente a reunirme con ellos, a recorrer las calles prohibidas para beber hasta perder la conciencia, a amanecer en camas extrañas de las que te despertaban sin miramientos ni ternura, de las que salías destemplado, vacío y a las que te jurabas no volver con esa falsa determinación de voluntad del cuerpo satisfecho.

Si les hubiese acompañado.

Las noches fueron cambiando de cariz, el alcohol ya no dirigía los cuerpos, sino las palabras: se volvieron peligrosas, secretas: conspiraban. No me gustaba pero yo las pronunciaba como los demás: acepté el destino de los que ahora tengo delante, el que traicioné haciéndome el sordo la noche en la que preferí estar dónde estoy ahora: Su realidad, la mía, unidas pero opuestas. No seré yo quién las rompa, quién las vacíe: Mis manos tiemblan, no acertaré. No quiero. No voy a hacerlo.

Cómo se puede presionar a nadie a estar aquí, en cualquiera de los dos lados. Qué poder es ese.

“Sólo pasa la primera vez, recuerda: Ante todo no mires, y si eres capaz; no pienses.”

Tras tantas horas de incertidumbre, de querer acabar con todo, de que se decidieran ya y dejaran de pegar, de preguntar, de trasladarme de un sitio a otro a cual peor, sin comida, con frío, sin apenas horas de sueño. Sólo anhelaba el fin.

Y ahora no quiero por lo que tanto recé; no deseo librarme de la humedad, del hambre, del dolor, de la vida: Quiero seguir esperando el final, crearme y mantenerme vivo.

Si pude sobrevivir a esas celdas, he de lograrlo ante este muro: dicen que en el último segundo cada día de tu vida viene a visitarte, a recordarte lo que estás a punto de perder, quizás para no olvidarte de ti mismo en la eternidad, pero a mí aún no se me ha presentado ni siquiera el más mínimo suceso; todavía estoy esperando, no tengo la certeza de mi fin ya que no he visto su principio: ningún recuerdo fugaz ha venido a avisarme de la inmediatez del fin; ese segundo no ha transcurrido, por lo tanto, puede no suceder, y en este lapso de tiempo todo puede ocurrir, incluso la esperanza de que no pase nunca. Yo aún no me he mostrado ante mí, tal y como viví y sin esos recuerdos de vida, no puedo morir.

Espero, y en la espera soy eterno.

—¡Fuego!